

«Los discordes en concordia
con paz e amor se ayuntaron
e pueblo de Paz fundaron
para perpetua memoria».

A este Mendoza, la Enciclopedia Espasa lo hace, erróneamente, originario de Don Benito.

El diplomático americano, Valentín Viu y Ventelló, en carta fechada el 25 de Abril de 1935, que obra en mi poder, pedía al párroco de Garróvillas, don Simón Herrera Valle, noticias del capitán Alonso de Mendoza, natural de dicha villa y fundador por mandato de La Gasca de la ciudad mencionada de Nuestra Señora de la Paz, capital de Bolivia, como recuerdo y feliz remate de las luchas con el loco de Gonzalo Pizarro, que terminaron en la batalla de Huarina, (aunque yo creo que la última batalla de esta contienda fué en rigor la de Xaquixaguana, según sienta Enrique Lebrun en su «Historia de la conquista del Perú»—edición de 1862, págs. 230 y 245).

Teniendo en cuenta todos estos datos, realzados por el hecho, antes mencionado, de la erección de la iglesia de San Pedro por Mendoza, recordando con seguridad la en su villa existente, así como la abundancia en Garrovillas de los apellidos Hurtado y Mendoza, a veces aislados y a veces formando apellido compuesto, y no perdiendo de vista el extremo elocuente de que en Don Benito no existe ni ha existido ninguna iglesia dedicada al Padre de los Apóstoles, nos inclina a creer, con grandísimas probabilidades de acierto, que el tal capitán Alonso de Mendoza o Alonso Hurtado de Mendoza, sea garrovillano.

La invasión de los franceses a principios del siglo pasado, que provocó en nuestra patria la Guerra de la Independencia, destruyó los archivos de Garrovillas, que fueron quemados por los invasores, lo que impide la confirmación irrefragable de la hipótesis expuesta.

No obstante, los datos citados están contestes en que el tal Mendoza era capitán y en que intervino destacadamente en los revoltosos sucesos del Perú, viniéndose a deducir que se trata de un solo personaje, y no de dos personas distintas; y como quiera que la mayoría de los textos citados le dan origen garrovillano, a esto nos atenemos, pese a que Publio Hurtado lo considere como «perturbador», pues con todo, bien pudo merecer la confianza de La Gasca por su valor reconocido, si le apoyó como es probable en contra de Pizarro, pues de lo contrario, si hubiera sido su adversario, habría caído ejecutado bajo el hacha del verdugo, dada la alta categoría que ocupaba, corriendo la misma muerte que otros pariguales, de lo que no hay constancia ninguna.

Por todo ello concluimos afirmando que el capitán Alonso de Mendoza, o Hurtado de Mendoza, fundador de La Paz, fué garrovillano.



ESTAMPA DE OTROS TIEMPOS

LA FERIA DE MALPARTIDA

Por «DANHUR»

La feria de Malpartida despertaba en la juventud cacereña un desbordado entusiasmo, no por lo que de aparatosa visualidad tienen estas fiestas, pues ya es sabido en qué pueden consistir las de los pueblos: el rodeo —que solo se visitaba por los que tenían algo que comparar o vender allí—unas modestísimas tiendas de juguetes, algunos puestos de turroneos y golosinas y las indispensables ruedas de la rifa rodeadas de mozos y chiquillos que, por cinco o diez céntimos la tirada, aspiraban a que les tocara el número donde se hallaba el cigarro puro artísticamente bordado o la cilíndrica cajetilla de sesenta.

Pero, ¿y los bailes? ¡Aquellos bailes de organillos o de guitarra y acordeón, que duraban hasta las tantas de la madrugada! Esos no se olvidaban fácilmente y era tema propicio de añoranzas en el transcurso del año. Y si no, que se lo pregunten a los que tuvieron la dicha de disfrutarlos.

—Irás a la feria ¿no es eso?

—Ya lo creo que iré; con mi hermana y con sus amigas, y con otros más. ¿Y tú?

—Eso no se pregunta. Si me haces un hueco en el carro, contar conmigo. ¿Qué día, el primero o el segundo?

—Puede que los dos días. Pero sobre lo de hacerte sitio en el carro no te lo puedo asegurar; somos ya lo menos veinte y tendrías que hablar con Segundo, que es el que nos lleva. Además, que yo sepa, van también los carros de Juan el Sordo, de Pedro Alonso, el del Feo y el del Cuadrado...

—Y si no, me voy en bicicleta, o un pie tras otro; después de todo dos leguas, total, hora y media de camino; nada, un paseo.

Y lo cierto es que tal y como lo pensaban lo hacían. Con los doce kilómetros en el cuerpo, un trago del tintillo y lo que pudiera encontrarse en el pueblo para comer—que nunca faltaba un buen trozo de chorizo, un cuarteroncito de queso y un melón o sandía de la tierra—se pasaban todo el día emparejados con las simpáticas malpartideñas, vestidas con sus típicos refajos y pañuelos de cien colores; peinadas con su bien trenzado moño de picaporte, adornadas con pendientes de calabaza y gargantilla de gruesas cuentas de bien macizo y contrastado oro de 18 kilates. Nada de pinturas, pues entonces no había llegado aquí la barrita para los labios, ni el «rimmel» para los ojos, ni el carboncillo para acentuar las ojeras. Las ojeras eran naturales después de un día de holgorio y una noche de baile, y los colores rompían el aterciopelado cutis, y los labios eran rojos pétalos de fresca rosa:

«Es tu boca de rubies
purpúrea granada abierta,
que en el estío convida
a apagar la sed en ella».

Y esto que decimos de las de fuera de casa, era común en las lindas cacereñas: también tocadas con ricos y vistosos pañolones, hermosas gar-

gantillas, pendientes de reloj y airosas faldas. Los zapatos de charol y medias negras caladas. —«¡Dame las gafas, Cachucha, que se me nubla la vista!»

Bien de mañana, ya se notaba en las calles de la silenciosa ciudad el alborozo y rodar de carros, con sus tiros de tres soberbias mulas, avispidas con el restallar del látigo del mozo que las conducía, montado a lomo de la mula piloto, cuidadosamente acicalado, con su chaqueta de pana negra, ribeteada con ancha trencilla, su sombrero de reluciente y planchado fieltro y el consabido puro de a real encendido.

¡Y que no se ponía orgulloso cuando las mocitas requerían sus auxilios para trepar hasta dentro del carro! Se tocaba el sombrero—poquito ladeado—mordía fuertemente el puro, pasaba sus manos por la comisura de los labios, frotaba luego las palmas de sus manos, y poniéndose junto a la ramera y doblando una pierna para hacer escalera con la otra, iba recibiendo la preciada carga de todas las que, en grandioso ramillete, iban colocándose en el interior del carruaje, hasta quedar las cuatro o cinco últimas instaladas en la ramera, con los pies fuera, coquetamente cuidadosas, con el cuidado que le permitían las circunstancias, de no dejar ver demasiado sus blancas y almidonadas enaguas, por entre las que se insinuaban sus pies fantásticamente calzados y los perfiles de esculturales pantorrillas. Empezaban a batir sus dedos las cascabeleras tamboretillas, incansables, a la vez que entonaban las canciones populares, coreadas por el resto de las que, con los jóvenes, se encontraban en el fondo:

«A la feria de Arroyo
van los señores,
y a la de Malpartida
ricos y pobres».

Y, como si mediase acuerdo, partían de todos los sectores de la población, irrumpiendo en las afueras de San Antón, después de recorrer calles de Moro, Barrionuevo, Empedrada, Pintores y San Juan, hasta perderse allá lejos, en el cruce de las carreteras del paseo del Triángulo, lo que hoy es Plaza de América.

Ya desapareció tan pintoresca costumbre, como se esfumaron otras tradiciones locales de tan gratisimo recuerdo. La vida gira veloz, prosaica, egoísta, exenta de tan deliciosas y honestas diversiones. Ya no es el espíritu ahito de romanticismo guiando los gustos de una época; ahora es el cerebro quien los impone. Antes se saturaban los sentidos ideológicamente, con todo lo que la naturaleza proporcionaba y se aceptaba maravillado, sin zafias reservas mentales. La vida se gozaba en plenitud de sentimientos, y las horas del día resultaban fugaz ilusión para sus henchidos entusiasmos.

—Yo me quedo aquí hasta que termine el baile.

—No seas tonto, que es la una de la madrugada y cuando lleguemos a Cáceres no vamos a tener tiempo ni de lavarnos antes de ir a la oficina. Esto suponiendo que tu padre y el mío no nos estén esperando para darnos la bienvenida.

—Véte, si quieres: yo no abandono a mi pareja. Y menos ahora que me ha prometido pensar mi declaración. Y me va a decir que sí, porque lo estoy leyendo en el brillo de sus ojos saltarines. ¡Mírala allí, y qué retepreciosa está mi malpartideña bonita!

Y se quedó; ¡vaya si se quedó el jovencito Don Juan! ¡Y se salió con la suya!

El pintor Moreno Márquez, en Cáceres.

Fernando Moreno Márquez, el notable pintor de Zafra, se encuentra entre nosotros por una temporada que, afortunadamente, se prolongará más de lo inicialmente previsto. Su estancia obedece a habersele conferido pintar el retrato del culto escritor don Miguel Muñoz de San Pedro y la prolongación será la resultante de varios encargos más que ha recibido, por lo que felicitamos al artista, pero también a los que han de ser retratados, que de esta manera inauguran una etapa «pro arte» en el indiferentismo artístico que ha sido norma habitual—con raras excepciones—del ambiente cacereño. Y quisiéramos que esta «simpatía» no fuera fugaz, sino que se convirtiera en tendencia inmanente de admirar lo bello y de proteger a los artistas mediante la adquisición de sus producciones. Sólo así podremos crear un «tempo» adecuado para que se desarrollen en toda su fecunda plenitud los renovados bríos de los consagrados y las vocaciones que vienen apuntando los jóvenes. No trunquemos en flor hermosas ilusiones ni consintamos que a nuestros artistas se les enmohezcan sus paletas o cinceles, porque al no obtener con ellos la solución de sus necesidades, se tengan que dedicar a otros afanes, si más prosaicos, más remuneradores.

Moreno Márquez ha venido a remover esta atmósfera letal que en Cáceres existía. Su depurado arte, disciplinado en la concienzuda manera de trabajar de su maestro Cecilio Pla, ha contribuido al fausto acontecimiento.

En su día emitiremos nuestro parecer sobre las obras que vaya produciendo. Baste hoy adelantar que se trata de un artista hecho, que trabaja con parsimonioso regodeo, hasta tocar en los linderos de lo «exquisito», porque se exige mucho a sí mismo. Su conducta artística parece obedecer a la concepción d'orsiana de «la obra-bien-hecha», o, dicho de otro modo, que atempera su pintar a aquel consejo que escuchamos en nuestra infancia y no olvidamos jamás: «Lo que hagas hazlo bien, que nadie te ha de preguntar el tiempo que invertiste». Y es que en el arte sólo importa, y vale, la perfección lograda; la rapidez no se aprecia. No olvidemos que si el «tiempo» es el patrimonio común del que disfrutamos en mayor o menor medida todos los mortales, la «obra bella» constituye el tesoro exclusivamente reservado a los escogidos.

ALCÁNTARA se congratula de la estancia en nuestra capital de tan ilustre artista y espera que sea fructífera en éxitos.

Hemos visto...

Pintura.—La nieve hizo surgir unos cuadritos de circunstancias debidos a Eulogio Blasco y Juan Caldera. El primero presentó un aspecto del viejo Cáceres nevado, entonado de color, y una vista desde el Rodeo, del efecto de la nieve en el paisaje de la Montaña, altamente sugestiva por su pintoresquismo bien conseguido. Caldera exhibió dos interpretaciones de rincones de la ciudad—la plaza de Santa María y el Palacio de los Golfines—adornados con alfombra y pespuntes de copos que ponían una nota exótica en la objetiva belleza de tan preclaras realizaciones urbanas.

También hemos visto otros cuadros—una cabeza de caballo, una copia de «Las Meninas», otra copia de la «Dolorosa», de Tiziano, una interpretación de Jesús Nazareno, unas escenas de toros y un cuadro de costumbres marroquíes—obras de diversos aficionados, en los que brillan más la vocación que el acierto, pero que hablan mucho del entusiasmo que el noble arte está suscitando.

Trato especial merecen tres lienzos que Juan Caldera ha expuesto—«El tío Esquilone», «Extremeña-junto al puente de Alcántara» y «El regalo del cortijo»—, sobre los que nos detendremos con más detenimiento, consignando ahora que son tres muestras arquetípicas del peculiar estilo del afamado artista.

Escultura.—Lorenzo Calvo nos ha mostrado una cabeza infantil realizada en escayola. Aparte la semejanza que con el modelo tenga, cosa que ignoramos, y atendiendo exclusivamente a la obra en sí, ésta constituye un acierto, tanto por la precisión del modelado, que nos evoca la manera escultórica de Clará, como por la expresiva psicología infantil, finamente captada.

La obra está conseguida con una estilización tenue, algo más acentuada en la interpretación sintética del cabello, que borra la dureza de la mera transcripción de la realidad, pero apoyándose firmemente en ésta, de lo que resulta una impresión gratísima.

Concurso de carteles.—Para el concurso de carteles de feria se aprestan nuestros artistas con gran entusiasmo, lo que hace prever que este año se alcanzará un alto nivel artístico, que ya el año pasado se hizo patente.